

rubio-encendidas y en los rostros curtidos por el sol y por el viento y manchados de pecas, tenían cierto parecido vago con Montaraz. Ésta, al notar la presencia de Pommeret, fué á sentarse en el hueco de una ventana y le hizo señas de que se acercara ; después, sacando el cuerpo hacia afuera, le dijo á media voz :

— ¡ Vamos ! ¡ No te pongas de morros porque he invitado á esta pobre gente á refrescar antes de que emprenda su caminata !... Era, en mí, una obligación de parentesco.

— ¿ De parentesco ? ¿ Lo tienen contigo estos cesteros ?

— ¡ Claro que sí ! Esa mujer es hermana de mi verdadera madre, y esas muchachas son mis primas hermanas... ¿ No te has fijado en que se me parecen ?

Francisco hizo una mueca y, sacando del bolsillo la carta de Adriana, murmuró :

— He recibido contestación de Plombières ; no pueden hospedarte allí y... tienes que permanecer aquí.

Al ver la carta, Dionisia palideció ; pero, al escuchar las últimas palabras de Pommeret, se ruborizó levemente y un relámpago de alegría le brilló en los ojos.

— ¡ Pues te has fastidiado ! — exclamó —  
¡ Confíesalo !

Pommeret se encogió de hombros, sin contestar.

— Bueno, pues si esta decisión te molesta demasiado, dímelo y me iré con mis parientes.

Malhumorado el joven le volvió la espalda y arrugó la carta.

Los cesteros, cohibidos por la presencia del dueño de la casa, se habían apresurado á despachar la ración, y se levantaban torpemente dirigiéndose al patio. El padre y los mozallones enganchaban los caballos, mientras las mujeres recogían los canastos esparcidos por el suelo.

— ¡ Hasta la vista, cordera mía ! — exclamó la mujer, despidiéndose de Dionisia que no se había separado de ella — muchas gracias por todo ; ya procuraremos corresponder á tus atenciones si hay ocasión... y si alguna vez vas por Aprey á vernos..... Allí nació tu pobre madre y allí vivimos nosotros, que somos tus parientes más cercanos... ¿ Por qué no te decides á hacernos una visita ?...

— ¿ Váis, ahora, al pueblo ?

— Ahora, no. Tenemos antes que vender nuestra mercancía ; pero, seguramente, allí estaremos para la Virgen de Agosto ; si entonces tienes gusto

en ello, no tienes más que presentarte; todos nos alegraremos mucho... ¡Ah! Claro es que no encontrarás las comodidades y el lujo que aquí; pero lo que haya lo tendrás con buena voluntad... Conque ¡hasta la vista, querida! ¡Salud, caballero!

Dijo y salió tras las carretas que rodaban ya por la empinada senda que sube hacia el bosque. Restallaban los látigos, los escuálidos caballejos tiraban, y, á cada tumbo, el ligero cargamento de mimbre temblaba balanceándose. El padre y los mocetones caminaban delante, con las trallas sobre la nuca; entre los dos vehículos marchaba la mujer, encorvada y casi oculta bajo un racimo de canastillas ensartadas en una cuerda. El mastín, concluída su siesta, salió de las angarillas y se dedicó á ir y venir, muy atareado, de un carro á otro. Algo á la zaga, iban las dos muchachas, volviendo la cabeza y lanzando miradas de envidia hacia la casa en que vivía su afortunada prima. Se distinguían sus espigadas siluetas destacando sobre el fondo de verdor de los prados.

Apoyada en un montón de leña, Dionisia, con el entrecejo fruncido y los ojos muy fijos, miraba el convoy alejarse hacia el bosque. Ya había desaparecido una de las carretas; los chasquidos

del látigo estallaban más sonoros bajo el ramaje.

— ¿Acaso lamentas no haberte ido con ellos? — exclamó Francisco, zumbonamente, dando un golpecito en el hombro á la joven.

Ésta se estremeció.

— ¡Quién sabe! — contestó á media voz. — ¡Acaso fuera lo mejor para todos!

Alzó la vista hacia el lindero del bosque. Ya las dos mozas habían desaparecido entre la masa de verdor, y estaba ya solitario el camino blanquizeco y polvoriento; el sol chispeaba en los guijarros del sendero y lanzaba chorros de oro líquido acá y acullá, entre los juncos y los zarzales de Euentemala. Dionisia movió la cabeza y se encogió de hombros, con ademán infantil y bravío al mismo tiempo; con ese ademán del que echa la sogá tras el caldero, como diciendo al cielo: « ¡Tanto peor! ¡No es culpa mía! »

— ¡Me voy adentro! — exclamó, y atravesó corriendo el vestíbulo, subió á brincos la escalera y se encerró en su cuarto.

A contar desde este día pareció haber adquirido súbitamente hábitos de domesticidad, y renunció casi por completo á sus vagabundeos campestres. Dijérase que había tomado en serio el papel de ama de casa, para suplir la ausencia de la señora

de Pommeret. Daba órdenes á los criados, disponía la confección de las comidas, abría y cerraba armarios, y entraba veinte veces al día en la habitación donde estaba Francisco, á pretexto de ver si todo se hallaba en orden. El joven no podía andar un paso por la casa sin tropezar con la muchacha que iba y venía con el cabello alborotado, la falda recogida, y cubierta por amplio delantal, sonriendo siempre con sonrisa audaz é indefinible. La correteadora del bosque, la faunesa indómita y salvaje se metamorfoseaba en mujercita hacendosa; hacendosa hasta cierto punto, más atropellada que útil, y más caprichosa que práctica; las galerías estaban llenas del frufutar de su falda, y de su taconéo vertiginoso, y, por todas partes, se notaban los minuciosos detalles de su solicitud doméstica. Gracias á ella, el vestíbulo y el comedor se hallaban inundados de flores, y Francisco no podía detenerse á fumar un cigarro sin pescar un buen dolor de cabeza. En las comidas lo atracaba de dulce, creyendo, con arreglo á su criterio de colegiala, que aquello era el *nec plus ultra* de la gastronomía. Pommeret, unas veces desconcertado y otras veces divertido, sufría la sugestión encantadora emanada de la jovencita. Ya no tenía que defenderse solamente de la charla

intima durante las veladas; á todas las horas del día se encontraba á solas con la muchacha, y la fascinación iba siendo más y más peligrosa. Se veía como una pieza de caza cada vez más estrechamente cercada por los cazadores. Sintióse á punto de flaquear, adoptaba honradamente el partido de huir, y se alejaba cuanto podía de la casa. Desde que terminaba de almorzar, salía y se dedicaba á emprender fatigantes caminatas á través del bosque. Durante estos paseos forzados, se predicaba á sí mismo magníficos discursos morales y moralizadores, repitiéndose enérgicamente que sucumbir en semejantes condiciones sería un acto de deslealtad. Y, precisamente, mientras más se lo repetía más y más fijaba el pensamiento en los peligros de la situación, la posibilidad de la tentación le asaltaba siempre acompañada de la imagen terriblemente sugestiva de la tentadora. En las soledades del bosque esta idea dominante se acentuaba adquiriendo mayores proporciones, y el centelleo del sol, atravesando con flechas de oro la quietud del follaje, le inflamaba la imaginación. Y, entonces, caminaba rabiosamente, procurando cansarse mucho, pero sin conseguir ahuyentar el deseo ni distraer el pensamiento.

Una tarde, su fiebre de locomoción lo llevó hasta el nacimiento del Aujón. Abrasado por el sol canicular y ávido de frescura, se apresuró á llegar á una cañada muy umbrosa, conocida en la comarca con el nombre de Garganta del Aujón. El paraje es solitario y muy apartado de toda vivienda; el horizonte, limitadísimo, está cortado por las arboledas que cubren los flancos de la cañada, sin dejar apenas más espacio, entre ellos, que el ocupado por el cauce del riachuelo. Esta corriente de agua que nace, después de haber saltado ruidosamente de piedra en piedra entre espesuras de sauces y de alisos, se escapa de repente entre dos taludes verdeantes formando un reducido estanque no muy profundo, una piscina pedregosa sobre la cual los árboles ribereños extienden la pompa de sus ramas, como si cambiaran amistosos apretones de mano. En este rincón de verdura, apenas si el silencio llega á turbarse por el glogoteo del Aujón ó por el vuelo rápido de algún martín-pescador que bate las alas tornasoladas cortando derechamente las ondas. Todo invita al sueño: la blandura aterciopelada de los musgos que crecen al pie de las hayas y el arrullo adormecedor del agua que corre; todo ofrece grato reposo á la vista, hasta los tonos sedeños de las

hierbas acuáticas apenas consteladas por la nieve de algún nenúfar en flor.

Abrumado por el calor y por el cansancio, Francisco se detuvo en la parte baja de una de las vertientes, á veinte pasos de distancia del riachuelo que susurraba á sus pies, y tumbándose entre dos troncos de avellanos, con la cabeza sobre el césped y el cuerpo entre los helechos, se durmió dulcemente. Llevaba ya bastante rato entregado al sueño, cuando se despertó escuchando crujir de ramas. Sin moverse, entreabrió los ojos. El sol había desaparecido tras la arboleda: caía la tarde. Por bajo de Pommeret, que, entre los huecos del ramaje hojoso, veía correr el Aujón, se alzó una forma femenina en la otra orilla: el joven reconoció á Montaraz.

La muchacha avanzaba lentamente, indolentemente por la ribera. Al llegar á la margen, se sentó sobre la hierba y se descalzó con la tranquilidad y el descuido de una campesina que tiene la certidumbre de estar sola; luego, anduvo un poco, vadeó la corriente y surgió á poca distancia de los avellanos bajo los cuales estaba Francisco tendido. Ya, entonces, arrojó el calzado y las medias, que llevaba en la mano, sobre el césped: se quitó las horquillas, sacudió la rizosa cabellera, y mojó

una mano en el agua como para calcular el grado de frescura que tenía. — Francisco permanecía quieto, con los ojos muy abiertos y un nudo en la garganta. — Se comprendía que no era aquella la vez primera que Dionisia visitaba la Garganta del Aujón; se hallaba familiarizada con el sitio, y su manera de proceder demostraba con toda claridad que, creyéndose absolutamente sola, se disponía á librarse del calor sofocante dándose un baño en el estanque formado por el riachuelo. Francisco pensaba que era un acto de indelicadeza no alejarse discretamente ó no advertir que había un testigo; lo pensaba, y, sin embargo, no se movió. Concupiscencia censurable y curiosidad perversa lo mantenían emboscado tras el ramaje.

La jovencita desapareció de nuevo. Un macizo de arraclanes la ocultaba por completo; escuchábase crujir de ramas. Aquel era el momento oportuno para ausentarse, si Francisco hubiera tenido alguna firmeza de voluntad. Se incorporó sobre un brazo y buscó con la vista sitio para efectuar la retirada, cuando Dionisia reapareció.

Pommeret se quedó aturdido, deslumbrado. Una nota de cegadora blancura se destacó cruzando velozmente ante el fondo verdeante del ramaje; luego, una lluvia de gotas cristalinas

cayó salpicándolo todo, acompañada del ruido de un cuerpo al saltar al agua.

Inconscientemente, Francisco cerró los ojos; cuando los abrió, sólo se veía la cabeza de Montaraz asomando en la superficie del estanque, con los cabellos sueltos. La joven aspiraba con fruición el aire impregnado de humedad; tenía dilatada la nariz, y los ojos le brillaban en la semi-obscuridad formada por la bóveda de los árboles. Unas veces, con gracioso movimiento de pajarillo, hundía la cabeza en el agua; otras, afianzándose con ambas manos á la raíz de un árbol, dejaba ir el cuerpo con la corriente. El líquido cenital, con sus lazos de hierbas acuáticas, sus remolinos, y sus ondas lucientes y concéntricas, velaba castamente las formas de la bañista; el agua le acariciaba con blandura el cuello y la barba, sin dejar ver más que la redondez de un brazo ó el contorno de un hombro. Ya Francisco no se encontraba con fuerzas para huir. Oleadas de deseos le habían ofuscado el sentido moral, ahogando escrúpulos y remordimientos. Erguía la cabeza y contenía la respiración, pensando únicamente en embriagar los ojos gozando de este espectáculo tan inesperado y tan lleno de emocionantes y tentadoras sorpresas.

El baño duró un cuarto de hora; después, Dionisia salió á la orilla y, resplandeciente, se sentó sobre la hierba para dejar, á las cristalinas gotas que le perlaban el cuerpo, tiempo para evaporarse en el ambiente cálido. Lentamente se pasaba las manos por los brazos y por el busto, cuya escultural silueta destacaba sobre el fondo verde. Creyérasela una ninfa de las edades mitológicas... Expiraba el crepúsculo. Los girones de cielo que se distinguían entre el ramaje, tenían tonos finísimos de turquesa; el agua, ya negreante en los sitios sombreados por la arboleda, reflejaba á intervalos el limpio color del cielo, que lucía más y más entre el marco esmeraldino intenso de la hierba. En este cuadro de follaje obscuro, de césped aterciopelado y de agua azuleante, fundíanse armónicamente el cuerpo deslumbrante de Dionisia y su cabellera rubio-veneciana. La luz atenuada envolvía los contornos ondulantes de su espalda y de su seno juvenil; la piel blanquísima tiritaba levemente; con mano distraída se retorció el cabello. Serenidad deliciosa llenaba la cañada prestando agreste poesía á la desnudez casta de la doncella. Desde su observatorio, Francisco, aun siendo poco poeta por temperamento, experimentaba admirativa ternura ante la revelación de esta

virginal belleza femenina... Lentamente, Dionisia se encaminó hacia el macizo de arraclanes donde había dejado la ropa, y la espesura la robó á los indiscretos maravillamientos de su admirador. Cuando la joven se presentó de nuevo, estaba completamente vestida y se abrochaba con descuido el corpiño, sacudiendo la cabellera mojada aún...

De pronto, leve rodar de guijarros y crujir de hojas, la arrancaron brutalmente de su ensueño... ¿Había intentado huir Francisco, ó, en un momento de distracción, puso el pie en falso?... Lo cierto es que este rumor insólito y repentino denunciaba la presencia de un ser animado en aquellas inmediaciones. La joven irguió la cabeza, se ruborizó y, en seguida, sin reflexionar, furiosa por la sorpresa, se precipitó hacia el sitio de donde salió el ruido y, después de separar ramas y malezas, se encontró cara á cara con Francisco.

— ¿Tú? — exclamó con voz apagada — ¿Estabas aquí?...

Palidecía y se ahogaba; el asombro, la vergüenza y la cólera le ponían temblores en los labios y le agitaban el pecho bajo el corpiño medio abotonado.

Pommeret humillado viéndose descubierto, y abochornado por su mala acción, balbucía vagas

disculpas mirando el semblante indignado y descompuesto de la jovencita.

— ¡Es una cobardía! — murmuró temblando de ira y dejando correr abundantes lágrimas.

Le faltaba aire para respirar, y apoyada en el tronco de un árbol, sufría una especie de crisis nerviosa.

Francisco asustadísimo al verla en tal estado, no sabía qué hacer para calmarla, cuando, de pronto, una idea tan imprudente como poco generosa le acudió á la imaginación... La muchacha estaba enamorada de él; Pommeret se hallaba seguro de ello desde hacía bastante tiempo; ¿por qué no emplear para acallarla, el recurso de aquella pasión ingenua, cuya intensidad creciente adivinó aparentando desalentarla?... Fijó de nuevo en Dionisia la mirada acariciadora y enternecida, y, luego, inclinándose hacia ella, le susurró casi al oído:

— ¡Perdóname! ¡Perdóname, niña querida!... ¡Adorada mía!

Estas sencillas palabras de amor produjeron en Dionisia el efecto de un conjuro mágico. Saltando bruscamente, se lanzó sobre Francisco, le echó los brazos al cuello y ocultó en el pecho del joven su rostro húmedo por el llanto, su boca rebosante de apasionados sollozos.

## IV

Un mes había transcurrido desde la aventura ocurrida en el nacimiento del Aujón. En la habitación que le servía como gabinete de trabajo, Francisco hablaba con Dionisia, en voz baja, después de comer. La sombra de las tardes de Agosto, ya más breves, llenaba la estancia de obscuridad que no permitía distinguir la expresión de las fisonomías de los interlocutores. Veíanse sólo las líneas confusas de sus siluetas. La de Dionisia, que paseaba de arriba abajo, ya se perdía en la negrura, ya se dibujaba sobre el claro del balcón. La joven andaba con los brazos cruzados y la cabeza incli-